

## ¿REINVENTAR NUESTRAS ANTROPOLOGÍAS?

Eduardo Restrepo<sup>1</sup>

Hace cincuenta años se publicó uno de los libros más relevantes de la tradición antropológica estadounidense. Editado por Dell Hymes, *Reinventing Anthropology*, se compone de dieciséis capítulos escritos por distintos autores que abordan diferentes aspectos de un vital momento de la antropología estadounidense que cuestiona parte importante de sus fundamentos y legados desde la pregunta política y ética del para qué de la antropología. Eran jóvenes antropólogos que, al calor de las luchas anticoloniales de liberación nacional, se preguntaban qué significaba hacer antropología desde un país como los Estados Unidos y las urgencias de transformarla.<sup>2</sup>

Esta no fue la primera ni la última vez que los antropólogos se imaginan ante situaciones que los compelen a reinventarse, tampoco las rupturas suelen ser tan tajantes y parte de lo viejo se cuele en las transformaciones. ¿Estamos hoy en América Latina ante una coyuntura que demanda la reinención de la antropología? El mundo que enfrentamos hoy, con una creciente digitalización de nuestras experiencias y existencias, así como el posicionamiento de expresiones anti-intelectualistas articuladas a la derechización de imaginarios sociales y al florecimiento de los odios racistas, sexistas y xenofóbicos, ¿qué efectos tiene en cómo hemos concebido y hecho antropología desde “nuestra América”? ¿Debemos reinventar nuestras antropologías o no debemos hacerlo porque son adecuadas tal como están para en-

---

<sup>1</sup> Profesor asociado. Departamento de Estudios Culturales, Universidad Javeriana.

<sup>2</sup> Desafortunadamente, este momento de crítica al interior del establecimiento antropológico estadounidense ha tenido mucho menor visibilidad que la discusión sobre las políticas y poéticas de representación etnográfica de la antropología postmoderna de los años ochenta encarnada en *Writing Culture* (Clifford y Marcuse 1986).

frentar estas transformaciones? ¿Será que sí son estas transformaciones de hondo calado y no asuntos más superficiales y cosméticos que pronto se diluirán o perderán importancia?

A mi manera de ver varios son los indicios que nos empujan a reinventar nuestras antropologías. Uno de los más preocupantes tiene que ver con los términos en los cuales se hace antropología, tanto en la academia como práctica profesional. Con diferentes alcances y matices, dependiendo de los países, el hacer de la antropología se ha ido incorporando cada vez más dócilmente a las demandas del estado y del mercado, cada vez más encontramos antropologías sumisas que se acomodan a sus privilegios. En la academia se ha instalado como sentido común una serie de prácticas productivistas que apuntan a una publicación bulímica de *papers* en revistas indexadas para posicionar carreras y recibir incentivos salariales (Díaz Crovetto 2018). La precarización laboral de docentes e investigadores se profundiza en lógicas educativas neoliberalizantes, donde discursos en torno a devenir en empresarios de sí confluyen perversamente con una filigrana de prácticas de auditoria de las burocracias académicas en nombre de la calidad.

La práctica profesional, donde la mayoría de los antropólogos hallan oportunidades laborales concretas, se encuentra orientada sustancialmente por los intereses empresariales, las ONGs y los de los gobiernos de turno, que apelan a los antropólogos como expertos de diferencias culturalizadas, pero sobre todo de indianidades hiperreales que se cuelan en las legislaciones o las políticas públicas. Proyectos de desarrollo, estudios de mercado, intervención con poblaciones locales, consultas previas, iniciativas de distintas ONGs, peritajes y demás labores, se entremezclan con horarios de ocho a cinco en oficinas con otros expertos de los cuales a menudo son difíciles de reconocer.

Otro indicio que parece empujar a la reinención de nuestras antropologías se deriva de la más inmediata interrupción de nuestras cotidianidades a propósito del COVID-19, con la consecuente profundización de la digitalización de cada vez mayores ámbitos de nuestras experiencias y existencias. Nuestras vidas se han visto abruptamente trastocadas con el COVID-19. En cuestión de semanas, el mundo dejó de ser mucho de lo que

dábamos por sentado. Una tras otra se fueron cerrando fronteras, se impusieron confinamientos obligados. La movilidad y las interacciones cara a cara se han reducido notablemente, cuando no totalmente interrumpido. Las corporalidades se han acorazado, estableciendo distanciamientos y angustias que hace unos meses hubieran sido difíciles de imaginar. A empujones o como resultado de sutiles procesos, la digitalización de nuestras existencias y las experiencias vividas se han profundizado y ampliado a una escala difícil de imaginar hace unas décadas.

Las formas en las que aprendíamos-enseñábamos antropología, los ritmos y protocolos de nuestras maneras de hacer trabajo de campo y, sobre todo, el lugar desde el cual hablábamos y asumíamos la dimensión ético-política de la antropología ya no son los mismos. Estas transformaciones se han hecho evidentes en estos tiempos de pandemia, aunque algunas han venido consolidándose desde hace años.

Con el COVID-19, al menos en Colombia, los pregrados (grados o licenciaturas en otros países), se encuentran bajo la mirada de las burocracias universitarias para hacerlos más baratos, más rápidos, menos exigentes y, ojalá, en gran parte virtualizados. El socavamiento de los pregrados (y no solo de los de antropología), es un proceso que viene adelantándose desde los años noventa, en donde las dobles titulaciones, la reducción del número de semestres, la eliminación de la tesis (o el apocamiento de sus exigencias), ya había logrado alivianar y superficializar la formación antropológica en el nivel de pregrado. El COVID-19 impuso la virtualización forzada, al menos en lo inmediato.

Parece que la reinención de nuestras antropologías pasará por tomarse en serio las transformaciones de la universidad en este plano de la virtualización. No creo que se transite a un modelo absolutamente virtual, pero todo parece indicar que no podemos postergar más la apropiación en serio de las potencialidades de la educación virtual a la formación antropológica. No considero que la educación virtual tiene que ser necesariamente de segunda o tercera categoría, no asumo que la presencialidad sea la única opción para todos los cursos en el proceso de forma-

ción de las nuevas generaciones de antropólogos. Probablemente, la virtualización de parte de los procesos de enseñanza-aprendizaje de la antropología apelará a los entornos virtuales. No obstante, de las pocas cosas que están claras, es que la virtualización de la enseñanza de las nuevas generaciones no es simplemente tener encuentros sincrónicos de tres o más horas como se hacía en el salón de clases por alguna de las plataformas o aplicaciones a disposición, no se limita tampoco a subir a un repositorio o nube las lecturas que se les dejaban a los estudiantes en las papelerías para que las fotocopiaran. Entender la virtualización no como una maldición, permitirse transformar algunas inercias y tradiciones para asumir las potencialidades y especificidades de la educación virtual, es parte de la reinención de nuestras antropologías.

Esto también tiene una implicación sustancial en cómo hemos adelantado trabajo de campo, sobre todo el que supone la etnografía. La reinención de nuestras antropologías en el plano de la etnografía supone mover muchos lugares comunes e inercias que se mantienen por fuera de escrutinio. Desde siempre me ha sorprendido como la capacidad que tenemos los antropólogos para antropologizar o etnografiar a otros se interrumpe cuando se nos pide que examinemos nuestros discursos, prácticas y subjetividades antropológica o etnográficamente. Colegas muy prestigiosos son incapaces de aplicar a examinar la antropología o la etnografía desde el más elemental principio de método malinowskiano de no confundir lo que la gente dice que hace con lo que la gente hace o sabe que debería hacer. Siguen recitando una serie de imaginarios sobre lo que supuestamente es la antropología o la etnografía, que no se sostiene ante la más superficial constatación con las prácticas de antropólogos y etnógrafos.

Noten que separo antropología de etnografía, precisamente porque la etnografía ha dejado de ser un patrimonio exclusivo de la antropología... si alguna vez realmente lo fue. Además, recuerden que muchas de antropologías realmente existentes (como la arqueología en Colombia donde se mantiene el fantasma boasiano de imaginar a la antropología como una ciencia con cuatro ramas...), no se superponen de ninguna manera con

la etnografía. Tal vez solo encuentra un feliz asidero en ese famoso capítulo de *Antropología estructural* de Lévi-Strauss (1961) donde “resuelve” el asunto subsumiendo en escalas de generalización y alcance la etnografía, la etnología y la antropología.

Muchas de las mejores etnografías que he leído en las últimas décadas las encuentro entre sociólogos, trabajadores sociales, en estudios de la comunicación, ciencia política y en estudios culturales. Por supuesto que se hallan algunas muy buenas producidas por los antropólogos, pero pareciera que son las menos arriesgadas y disruptivas. Los guardianes de la disciplina no dejan de estar alertas a cualquier iniciativa que socave sus certezas y autoridades, y son implacables con los jóvenes antropólogos que suelen amedrentar y aplastar impunemente.

Nacida en un contexto colonial, el modelo de etnografía antropológico convencional (que ha sido atravesada por una serie de supuestos sobre lugar, desplazamiento, otredad y exotismo, que sobre “colocar la tienda en el centro de la aldea de los nativos”) se ha constituido en una traba de la imaginación y práctica etnográfica para asumir los alcances y retos de las grandes transformaciones asociadas a la denominada “revolución digital”, a la creciente virtualización de la existencia. En cuestión de décadas, el mundo cambió sustancialmente, y parece que muchos etnógrafos ni se han dado por enterados.

En el plano de la etnografía, la reinención de nuestras antropologías, además de abandonar los patriotismos disciplinarios celosamente defendidos por los guardianes de la disciplina, pasa por lo que se puede denominar etnografía 2.0.

De manera muy esquemática la etnografía 2.0 es una ruptura con esas retóricas y nostalgias de un modelo idealizado de etnografía convencional antropológico, uno que podría ser llamado complejo malinowskiano-geertziano. El mundo ha cambiado radicalmente en las últimas décadas, no para todos de las mismas maneras, no necesariamente para bien. Si queremos contribuir a entender lo que está en juego con estas transformaciones, así como sus múltiples y contradictorios efectos en nuestras experiencias y existencias, no podemos darnos el lujo de

abandonar la etnografía a los puritos malinowskianos-geertzianos que suelen colapsarla con un instrumento de investigación, que suelen felizmente circunscribirla a experiencias iniciáticas con radicales otros dispuestos a la mirada y ansiedades del etnógrafo.

Para hacerlo, no podemos simplemente hacer unos cambios cosméticos a la etnografía, como si en ese mundo que ha cambiado no se vislumbran modelos posibles de etnografía que hasta ahora habían sido insospechados. ¿Qué significa, por ejemplo, tomarse en serio que la relación entre etnógrafo y lo etnografiado puede establecerse en términos de lo colectivo y colaborativo (como ya se había avanzado en apuestas militantes o comprometidas de la etnografía) sino que este papel también lo asuman los consumidores de la etnografía (prosumidores)? ¿Qué significa en términos de las “políticas y poéticas de la representación etnográfica” (para usar una conocida expresión de los debates de los años ochenta) que no sea el etnógrafo quien controle los formatos y narrativas digitales, ni las redes ni los dispositivos por los que puede circular las representaciones que también lo implican? A diferencia de lo que probablemente piensen los autores de manual que reposan en sus certezas sedimentadas, la etnografía 2.0 no es una etnografía diletante, de tercera categoría, hecha por flojos e improvisada.

Finalmente quiero comentar un tercer indicio que parece empujarnos a reinventar nuestras antropologías. Los procesos de derechización de los sentidos comunes, cotidianidades y las estrategias políticas se han venido posicionando en muchos de nuestros países. Prácticas abiertamente racistas y xenofóbicas, que desprecian la existencia y derechos de poblaciones racializadas, minorizadas y migrantes, se han articulado en algunos países con la emergencia y elección de políticos de derecha que se vanaglorian de sus discursos y estrategias autoritarias e ignorancias.

Veloz y atropelladamente, los gobiernos de derecha desmantelan programas y mecanismos establecidos durante las pasadas décadas para socavar las desigualdades económicas y so-

ciales. Se hace cada vez más frecuente el escarnio público y asesinato a individuos o colectividades que ponen en riesgo el orden de privilegios y las maquinarias normalizantes. El cuerpo, el deseo y la cotidianidad son asaltados y desgarrados por la escrutadora mirada de la “gente de bien”, por quienes se imaginan encarnado sujetos morales adecuados, empresarios de sí y bulímicos consumistas, que dicen despreciar las regulaciones y dardivas del estado, a menudo sujetos creyentes que se pliegan a las hordas de los justos. Tiempos en los que la opinión apresurada es equiparable a la cuidadosa investigación, en los que el encantamiento del mundo, los *fakenews* y la “post-verdad” campean como un cada vez más generalizado sentimiento de abierto anti-intelectualismo.

Este panorama constituye una serie de desafíos para nuestras antropologías. Nos colocan ante una disyuntiva que enfrentamos aquí y ahora los antropólogos entre evidenciar con resultados concretos unas antropologías relevantes social y políticamente ante los múltiples avances de la derechización u optar por caer en la banalización. Imaginar o enunciar que no se toma posición frente a esta encrucijada, es por supuesto asumir una posición. Esgrimir el prurito cientista para no involucrarse se hace difícil de sostener en tiempos sombríos.

En este marco, la apuesta por unas antropologías relevantes es un asunto de voluntad política, pero una que se tiene que movilizar a contracorriente de fuerzas y materiales cada vez más pesadas como las del autismo disciplinario. Sin duda, el autismo disciplinario es una tendencia que ha existido desde siempre, arropado a menudo con las narrativas de la puridad científica que ha confundido neutralidad y objetividad con un cinismo cómplice de las jerarquías y desigualdades sociales. No obstante, con el crecimiento de los programas y el número egresados, la todavía mayor hegemonización de la antropología estadounidense y las descarnadas prácticas de “pública (*papers*) o perece”, se han profundizado unos hacerens ensimismados de los antropólogos y antropologías en nuestros entornos académicos, sin mayor preocupación o conexión con las problemáticas sociales y políticas de sus mundos más inmediatos (Díaz Crovetto 2018).

Tristemente no son pocos son los colegas febrilmente ocupados en alimentar sus *curriculum vitae* a como dé lugar, angustiados con satisfacer los caprichos de las autoridades burocráticas de turno para no perder sus (a menudo precarios) trabajos. Muchos aparecen engolosinados con las temáticas y autores más visibles y reconocidos en los establecimientos estadounidenses o europeos dominantes, engrosando producciones plegadas y miméticas que son en gran parte descontextuadas e irrelevantes para escudriñar y socavar asuntos asociados a la derechización del sentido común, prácticas y las estrategias políticas en nuestros países y realidades.

Para escapar a la banalización de la antropología no es suficiente, sin embargo, con una abierta y “correcta” toma de partido. No basta con estar del lado de “los buenos”, no es suficiente con indignarse y movilizarse contra las fuerzas y prácticas de la derechización en particular u otras que apuntalen la desigualdad social en general. Para que las antropologías sean relevantes deben hacer contribuciones concretas a conocer más adecuada y densamente los mundos que habitamos, a entender las fuerzas que los constituyen y que en gran parte imposibilitan que sean más justos, igualitarios y dignos para más gentes. Esto implica una ardua labor teórica y empírica, que no se agota en devenir comité de aplausos en narrativas hegemonizadas de lo políticamente correcto, en reposar cómodamente en lecturas homogenizantes, idealizadas y moralizantes que suelen circular a nombre de las más disímiles gentes sufrientes. Toca contribuir realmente a mover los umbrales de los imaginarios teóricos y de las disputas concretas que constituyen las subjetividades políticas, que perfilan el juego y los alcances de las agencias individuales y colectivas.

Una veta de su contribución estaría nuevamente en la etnografía. No es difícil encontrarse con estudios o análisis sobre el “giro a la derecha” en nuestros países que se mueven en unos muy elevados niveles de abstracción que desconocen el denso y heterogéneo entramado de experiencias no vislumbradas, así como muchos otros efectos situados no contemplados en tales generalizaciones. Adelantar investigaciones etnográficamente orientadas arrojaría insumos concretos sobre las heterogéneas experiencias e implicaciones de eso que se engloba y asume

como giro a la derecha en los estudios y análisis más abstractos. Esto, por supuesto, nos permite comprender, desde la perspectiva de las gentes (en su relacionalidad, heterogeneidad y conflicto), con mayor adecuación qué es lo que realmente se encuentra en juego con lo que prefiero denominar procesos de derechización.

No pretendo argumentar que estos niveles de abstracción sean irrelevantes. Tampoco busco argüir que en el juego de perspectivas situadas de las gentes se agota la explicación de un hecho social. Ahora, esto no significa que considere que el papel de la etnografía sea simplemente el de constatar o incluso complementar algo que ya sabemos porque ha sido planteado desde aquellos abstractos estudios o análisis. No me imagino aquí el lugar de la etnografía como adenda. Considero que eso no contemplado transforma lo que conocemos y, en últimas, lo que podemos hacer para transformar los procesos de derechización. Y esto no solo en relación a las gentes con las que adelantamos las etnografías, sino en cómo muchas de las prácticas de las antropologías dociles y de colegas haciendo la tarea para sus carreras profesionales hacen parte de la derechización de nuestras existencias.

## **Bibliografía**

- Clifford, J. y Marcuse, G. (1986). *Writing Culture: The poetics and Politics of Ethnography*. Berkeley: University of California Press.
- Díaz Crovetto, G. (2018). “El valor de las palabras: control, disciplinamiento y poder en torno al conocimiento antropológico: lecturas y reflexiones a partir del caso chileno”. En: Gatti, P. y Souza, Lydia de (eds.). *Diálogos con la antropología latinoamericana*. pp. 13-22. Montevideo: ALA.
- Hymes, D. ([1969] 1974). (ed.). *Reinventing Anthropology*. New York: Vintage Books.

Lévi-Strauss, C. (1961). "Historia y etnología". En: *Antropología estructural*. pp. 1-28. Buenos Aires: Editorial Universitaria de Buenos Aires.